

COFRADÍA LAS SIETE PALABRAS
Núria Caldúch Benages, religiosa, miembro de la Comisión Pontificia Bíblica
Homilía

SEMANA SANTA 2017

Sermón de las Siete Palabras

14 de abril de 2017

Muy buenos días. Saludo a todas las excelentísimas e ilustrísimas autoridades aquí presentes, en particular al cardenal arzobispo de Valladolid, Mons. Ricardo Blázquez, y al sr. alcalde Oscar Puente Santiago, y a todas las personas que hoy han acudido a esta magnífica plaza para participar en uno de los actos más significativos de la Semana Santa vallisoletana. Extiendo mi saludo a cuantos nos están siguiendo por los medios de comunicación, canales privilegiados que facilitan la difusión del mensaje y hacen posible que las Siete Palabras resuenen más allá de nuestros confines.

Solía decir don Isidro Gomà i Civit, mi primer maestro en Biblia cuando yo todavía era una niña, que la gratitud es la memoria del corazón. Por eso, mi primera palabra es una palabra de agradecimiento a todas las personas que han hecho posible que hoy una catalana de nacimiento e italiana de adopción (llevo más de 30 años viviendo en Roma), esté con todos Vds. este Viernes Santo. Y no me refiero solamente a Mons. Blázquez que, por medio de su secretario personal, D. Patricio Fernández Gaspar y el Sr. Juan Pablo Ruiz Alejos, Alcalde Presidente Cofradía de las Siete Palabras, me ha invitado a pronunciar este sermón, sino a todas aquellas personas, hombres y mujeres de fe, que siempre han estado a mi lado, animándome a seguir en el estudio, docencia y difusión de la Biblia; un camino iniciado hace muchos años que sigue dando frutos muy especialmente entre los jóvenes.

Me siento agradecida y honrada de poder formar parte de la familia de predicadores (y predicado-

ciclos de siete años, el año cincuenta, se celebraba el año jubilar (cf. Lev 25,8-17). El autor del segundo libro de los Reyes cuenta que Naamán, general del ejército sirio, después de haber contraído la lepra, fue a consultar al profeta Eliseo quien le mandó bañarse siete veces en el río Jordán (cf. 1 Re 5,1-27). Y, iqué decir de Salomón!, empleó siete años en la construcción del templo de Jerusalén y, durante su inauguración, mandó celebrar una fiesta que duró siete días (cf. 1 Re 6,38; 8,65). En el evangelio de Mateo, Pedro pregunta a Jesús: "Señor, y si mi hermano me sigue ofendiendo, ¿cuántas veces le tendré que perdonar?, ¿siete veces? Jesús le contestó: Siete veces, no; setenta y siete" (Mt 28,21-22), o lo que es igual, siempre, pues no hay límite para el perdón.

Termino este repaso bíblico mencionando el Apocalipsis. En el último libro de la Biblia todo gira alrededor del número siete: siete iglesias, siete candelabros, siete sellos, siete trompas, siete copas, siete ángeles... Pasemos ahora al término "palabra". La Biblia está llena de palabras, palabras de Dios y palabras humanas, palabras proféticas y palabras sapienciales, palabras reveladoras y palabras enigmáticas, palabras que denuncian y palabras que consuelan, palabras que suplican y palabras que conceden... En hebreo, palabra se dice dabar. En efecto, el primer significado de ditar es "palabra", ya sea el acto de hablar, el enunciado o su contenido. Así pues, se puede traducir también con mensaje, discurso, recado, informe, razón, argumento, trato o conversación, entre otros. Ahora bien, a este primer significado hay que añadir otro, pues ditar también puede significar hecho, suceso, acontecimiento, acción, gesto, prodigo. Y por abstracción pasa a significar "cosa", "algo", y en negativo "nada". En muchas ocasiones las dos acepciones son inseparables. Retomemos el primer relato de la creación. Allí descubrimos que Dios crea por medio de su palabra ("Dijo Dios, que exista la luz y la luz existió... Y dijo Dios, que exista un firmamento entre las aguas, que separe aguas de aguas. E hizo Dios el firmamento y separó las aguas de debajo del firmamento de las aguas de encima del firmamento. Y así fue", Gen 1,3.6-7). Es decir, la palabra que sale de su boca posee una fuerza que genera acción y transformación. Así la describe el profeta Isaías, "Como bajan la lluvia y la nieve del cielo y no vuelven allá sino después de empapar la tierra, de fecundarla y hacerla germinar, para que dé semilla al sembrador y pan al que come, así será mi palabra, que sale de mi boca: no volverá a mí vacía, sino que hará mi voluntad y cumplirá mi encargo" (Is 55,10-11). En palabras modernas, la palabra de Dios es una palabra performativa, es decir, realiza

La primera palabra pronunciada por Jesús nos deja atónitos. No encaja en nuestros esquemas, es más, se rebela contra ellos y los hace saltar por los aires.

Estamos ante un inocente que, en el momento de la ejecución, en lugar de pensar en sí mismo piensa en sus verdugos; en lugar de suplicar por su vida, intercede por la de aquellos que se la han arrebatado con violencia y sin razón. Del mismo modo reaccionó el siervo sufriente de Isaías ante los que perpetraron su muerte: cargó con su pecado e intercedió por ellos (cf. Is 53,12). El siervo es mediador de reconciliación, pues a través de su sacrificio se asume la responsabilidad de los delitos ajenos y traspasa a los demás su justicia. Sus llagas y cicatrices no reclaman venganza sino que se transforman en anuncio de paz y perdón.

He aquí la palabra clave, "perdón". Jesús se dirige al Padre (nótese que no le llama Dios o Señor) y le pide que perdone a aquellos que han actuado como sus enemigos. Muchos se han preguntado, ¿a quién se refiere Jesús cuando dice "perdónalos"? En primer lugar, parece que se refiere a aquellos que realmente le clavaron en la cruz y jugaron a la suerte sus vestiduras. Jesús no solo intercede por ellos sino que incluso les disculpa: estaban matando a un inocente, pero no sabían lo que hacían; se limitaban a cumplir órdenes, sin pensar en la atrocidad que estaban cometiendo y dando rienda suelta a sus impulsos más primarios. Ahora bien, la súplica de Jesús también puede extenderse a todos los que, de una manera u otra, directa o indirectamente, participaron y, todavía hoy, participan en su pasión con la indiferencia, el desprecio, la negación, el ultraje y, en el peor de los casos, la persecución.

En el madero de la cruz Jesús impartió su lección magistral sobre el perdón de las ofensas y el amor a los enemigos. Muchos siguieron su ejemplo, como Esteban, el primer mártir cristiano que muere perdonando tal como lo hiciera su maestro: "Señor, no les tomes en cuenta este pecado" (Hch 7,60). Concluye S. Roberto Belarmino: "En fin, la perfecta e invencible caridad de Cristo que ha sido propagada en los corazones de mártires y confesores, ha combatido tan tenazmente los ataques de perseguidores, visibles e invisibles, que puede decirse con verdad incluso hasta el fin del mundo, que un mar de sufrimiento no podrá extinguir la llama de la caridad".

Señor Jesús, gracias porque nos has enseñado a perdonar las ofensas, a restablecer alianzas, a elimi-

ningún momento. Viendo la fe del penitente, ha abierto de par en par las puertas de la misericordia, para que pudiera gozar de la felicidad eterna. Paradójicamente, el desafío del primer malhechor se ha cumplido, pero no en el modo que él esperaba.

La segunda palabra de Jesús demuestra la eficacia de su sacrificio: su cruz transforma el mundo, los pecadores se convierten y entran en el paraíso. Con el buen ladrón, cada uno de nosotros es invitado a contemplar los sufrimientos de Jesús y a hacer un examen de conciencia, sin nunca desesperar porque, en palabras de S.

Roberto Belarmino, "el ladrón que entró en la viña del Señor casi a la hora duodécima recibió su premio con aquellos que habían venido en la primera hora".

Señor Jesús, gracias porque nos has enseñado que nunca es demasiado tarde para arrepentirse, para reconocer el error, para admitir infidelidades, para empezar de cero olvidando lo malo del pasado. Nunca es demasiado tarde para obtener el don de la fe, para descubrir lo que nunca antes habíamos visto con nuestros ojos.

TERCERA PALABRA

Estaban junto a la cruz de Jesús su madre, la hermana de su madre, María de Cleofás, y María Magdalena. Al ver a su madre y al lado al discípulo preferido, dijo Jesús: "Mujer, ese es tu hijo". Y luego dijo al discípulo: "Esa es tu madre". Desde entonces el discípulo la tuvo en su casa (Jn 19,25-27).

Entran en escena las mujeres, mujeres valientes que, a pesar de las circunstancias adversas, nunca han abandonado a Jesús; mujeres que le han seguido desde Galilea, que han escuchado sus palabras y visto sus milagros; mujeres que se han sentido aceptadas y reconocidas, que han sido perdonadas, curadas y por encima de todo amadas; mujeres de todo tipo y condición: pobres, ricas, judías, extranjeras, sanas, enfermas, marginadas. Y aunque el evangelista solo mencione a algunas, estoy segura que todas estaban allí, de una manera u otra, más cerca o más lejos (poco importa la distancia!), junto a la cruz. Nada podían hacer, nada podían decir, nada podían cambiar, pero estaban allí, contemplando amando, sufriendo, callando. Como tantas mujeres en nuestros días que de tanto sufrir y callar se han

fuerza inaudita su drama interior, su lucha entre la vida y la muerte, entre el rechazo y la aceptación del misterio. Cuatro palabras que dan testimonio del martirio del Hijo de Dios para la salvación de toda la humanidad.

CUARTA PALABRA

Desde el mediodía hasta la media tarde toda aquella tierra estuvo en tinieblas. A media tarde gritó Jesús muy fuerte: "Elí, Elí, lemá sabaktani" (es decir: Dios mío, Dios mío, ¿Por qué me has abandonado?) (Mt 27,45-46; Mc 15,33-34).

La tierra sumida en la más terrible oscuridad denuncia el fracaso de la humanidad. Muere el Hijo de Dios y el mundo se estremece en las tinieblas. En medio de esa oscuridad, reina el misterio divino. Derrotado, al límite de sus fuerzas físicas y espirituales, Jesús se siente morir por dentro y por fuera, abandonado de su Dios y Padre. En su grito desgarrador resuena la voz del salmista: "Dios mío, por qué me abandonas? No te alcanzan mis clamores ni el rugido de mis palabras" (Sal 22,2).

Jesús ha tocado el fondo del abismo, el dolor se le hace insoportable y le embarga la soledad de la muerte. Tiene miedo, mucho miedo. Jesús no deseaba morir. Y con todo, no acusa a nadie, no se queja, no desea ni pide venganza. Solo grita, grita de angustia, grita en su lengua, grita a su Dios, pidiéndole auxilio tal como hizo en Getsemaní, en la hora del espanto y la turbación. El Mesías fracasado agoniza, pero sigue esperando una respuesta, una palabra a la que agarrarse.

Hago mías las palabras de Xabier Pikaza, "Llamando al Padre muere, come un justo derrotado (cf. Sab 2; Sal 22). De esa forma asume el destino universal de los que sufren sobre el mundo y así acaban aplastados, oprimidos, fracasados, sin respuesta.

Este ha sido el límite y momento extremo de su entrega. En manos de Dios, en oscuridad y grito grande, despreciado por su pueblo, abandonado de todos sus amigos, se va apagando el Cristo sobre un día convertido en tiniebla. No existe espacio o tiempo de respuesta en este lado de la muerte. Así acaba y culmina la verdad de su encarnación: el Hijo de Dios sólo ha llegado a convertirse en plenamente humano cuando muere".

”Tengo sed” (dipso, en griego). En este grito de auxilio Jesús hace suya la sed de la humanidad y la sed del universo. Hombres y mujeres sedientos que anhelan una tierra, un hogar donde echar raíces; jóvenes sedientos que anhelan un futuro, una razón, una ilusión para vivir; niños sedientos de amor, de atención y de sonrisas; ancianos sedientos de compañía, de una palabra amable, de una caricia desinteresada. Pueblos, naciones, continentes y la naturaleza entera están sedientos de paz, justicia y equidad.

Señor Jesús, sabemos que nada puede paliar tu sed, porque tu sed verdadera no es la que tu cuerpo padece sino la que tu alma sufre por todos nosotros. Gracias por tu sed y por tu agua viva, la única que nos puede saciar por siempre.

SEXTA PALABRA

Cuando tomó el vinagre, dijo Jesús: ”Todo está cumplido”. Y reclinando la cabeza, entregó el espíritu (Jn 19,30).

Acabamos de escuchar a Jesús expresando un deseo; ahora, en cambio, de su boca sale una rotunda afirmación, la última antes de expirar. El que hace unos instantes pedía, es el que ahora da. Pedía agua y ahora entrega su espíritu. En el texto griego hay un solo vocablo (tetelestai), un verbo en forma pasiva que significa realizarse, cumplirse, llegar a ser realidad. Pero, ¿qué es lo que se ha cumplido, lo que se ha realizado, lo que ha llegado a ser realidad? Para S. Agustín, son las antiguas profecías anunciadas por David en los salmos, por Isaías, Jeremías y Zacarías, entre otros; para S. León Magno, es el mayor de los sacrificios, para S. Juan Crisóstomo, ”todo está cumplido” significa que la sujeción de la naturaleza humana de Jesús a la muerte y el poder de los enemigos sobre él llegaron a su fin.

En realidad la sexta palabra de Jesús significa eso y mucho más. En palabras actuales, su misión en este mundo ha llegado a su fin. Nada ha quedado por hacer.

Jesús ha llevado a cabo la obra que el Padre le había encomendado: ha predicado el Evangelio, ha hecho curaciones y milagros, ha cargado la cruz a cuestas y ha apurado el cáliz del sufrimiento hasta lo último, nada nuevo le espera ahora sino morir. ”Todo está cumplido, porque nada quedó luego más que la muerte, que sucedió inmediatamente, y cumplió el precio de nuestra redención” (S. Roberto

sentido de no ser cautivo de la muerte. En otras palabras, oró por su pronta resurrección, y su oración fue rápidamente concedida, pues se alzó triunfante el tercer día”.

Un duelo universal acompaña la muerte del crucificado. Con ella el tiempo se detiene para dar paso a una nueva era. Ensombrecida de dolor, la tierra se viste de negro, el velo del templo se desgarra prodigiosamente por el centro y lo invisible se hace visible. Mientras el caos y las tinieblas inundan el universo, la cruz sigue en pie.

”Suaves son los clavos, y suave la madera, que soporta un peso tan suave y bueno”, canta la Iglesia en la adoración del madero santo. El crucificado está exhausto y su cuerpo va cediendo. Envuelto en un manto de oscuridad, Jesús expira invocando a su Padre, ese Padre al que tanto ama y que le ha mandado al mundo para cumplir una misión que parecía imposible a los ojos de los hombres. ”Padre, en tus manos encomiendo mi espíritu” evoca la súplica del justo atormentado en el Salmo 31(30),6: ”En tus manos pongo mi vida: tú Señor, el Dios fiel, me librarás”. Es la misma oración que pronunció S. Esteban, en el momento de su muerte: ”Señor Jesús, recibe mi espíritu” (Hech 7,58). Las últimas palabras del mártir son dejar la vida en depósito, no a la tierra, sino a Dios.

Así comenta Ruperto de Deutz la séptima palabra de Jesús: ”Entonces el nuevo Adán se durmió, y al dormirse dijo: ‘Padre en tus manos encomiendo mi vida’.

Hablando así, estaba seguro de recobrar su depósito, enriquecido por el fruto centuplicado de su obediencia. Y encomendando su espíritu, adquirió para los regenerados el Espíritu Santo”.

Señor Jesús, gracias por tu última palabra, tu último grito antes de caer en los brazos del Padre, que te acoge desangrado pero victorioso y triunfante. Un grito consolador para la humanidad sufriente y perseguida, un grito esperanzador para todos los que queremos seguirte.

El sermón de las siete palabras está llegando a su fin. Si en la primera palabra escuchamos el grito suplicante de Jesús y el silencio incomprendible de Dios, en la última su grito transmite un mensaje alentador a pesar del drama vivido. El trágico destino de Jesús fue un trauma difícil de superar para los discípulos, por eso acudieron a la tradición antigua en busca de una respuesta. En ella encontraron una